

nuidades y cambios, pero sobre todo contribuye a apreciar la flexibilidad con la que México ha sabido ajustarse a la evolución del sistema internacional, incluso actuando bajo la pesada hipoteca que le impone la vecindad con Estados Unidos.

SOLEDAD LOAEZA

ABRAHAM F. LOWENTHAL, *Partners in Conflict—The United States and Latin America*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1987, 242 pp.

Animan a Lowenthal muy sensatas intenciones al reclamar nuevas pautas de relación y de conflicto previsible entre Estados Unidos y América Latina. Pero con frecuencia una semántica excesivamente diplomática y una marcada inseguridad en la interpretación (no en el recuento) de los datos trastornan su honesto propósito. Sabe bien que las actitudes de Estados Unidos respecto a la región “han sido políticamente intervencionistas”, crecientemente restrictivas en materia de inmigración, paternalistas y parciales, y poco alentadoras en el comercio bilateral (p. 199). Lowenthal quisiera modificarlas en un clima de *confianza*, según su repetida expresión; Estados Unidos debiera reconocer que América Latina se ha modernizado, que es un factor en las transacciones internacionales, que guarda una interdependencia sólida con los asuntos norteamericanos.

Opino, por mi lado, que más que confianza se precisa *madurez*, un bien escaso tanto en Washington como en el área. Madurez para aceptar no sólo novedosas realidades sino un aparato conceptual, un paradigma, completamente diferente. Lowenthal no se atreve a referir estos términos.

Acaso uno de los motivos de su timidez resida en el carácter del público a quien se dirige. Claramente no es la comunidad académica de su país especializada en temas latinoamericanos. A ella contribuye muy poco. Como el libro se lee como una extensa crónica, escrita con sencilla pulcritud, sin notas de pie de páginas, con una “guía bibliográfica” en el remate, cabe suponer que el autor apela a los grupos que toman decisiones en Washington y a intelectuales que poseen un pobre conocimiento acartonado de América Latina. Lowenthal desea sacudirlos, extirparles el conservadurismo que tanto daño ha aparejado a los vínculos bilaterales. Para ellos es útil; y para un curso introductorio, de orientación liberal (como en Estados Unidos se entiende), sobre la fisonomía hemisférica.

Con estas advertencias hay que dar un recorrido a la obra. Será útil, y a veces aleccionador. Lowenthal recuerda, en el primer capítulo, que en los años sesenta y en los setenta América Latina parecía inclinarse al cambio radical, pacífico o violento. La benevolente alianza para el progreso la alentaba; había protagonistas (Iglesia, Oligarquía, Ejército) que deseaban aparen-

temente un viraje; y había un reto (Castro y Cuba). Pero nada ocurrió: ni democracia, ni revolución, ni discreto socialismo (p. 3). La expectativa se evaporó en una profana alianza para el subdesarrollo que tuvo y cultivó imprevisibles adeptos. La transformación latinoamericana se limitó a dimensiones más extensivas que cualitativas, a una hinchazón más que a un cambio glandular. Sin alternativa, Lowenthal se remite a los indicadores visibles de estas alteraciones cuantitativas, que parecen alejadas de un "salto dialéctico". Así, la población se habría duplicado en los últimos 20 años; el crecimiento se aceleró hasta 1980; el aporte de las manufacturas al producto global subió, y hasta las ramas de bienes de capital parecen hoy promisorias (p. 10). Al mismo tiempo, empeoraron el reparto del ingreso, la pobreza rural y la urbana, y la deuda externa alcanzó niveles sin precedentes. Estas alteraciones afectaron la capacidad de gobernar de los estados, que con frecuencia cedieron a tendencias antidemocráticas para reprimir o disimular el desorden inherente a las transformaciones. La modernización económica no condujo a la libertad, contrariando expectativas y teorías (p. 20).

El autor hace hincapié en el declive de la influencia norteamericana en la región. Bajaron las ventas a Estados Unidos (de 45% a 34% en 10 años); productos manufacturados del área se agregaron a las exportaciones tradicionales; las inversiones norteamericanas se encogieron; también se redujo el personal diplomático de Estados Unidos; se diversificaron los proveedores de armas a la región; y la presencia soviética y japonesa matizó a la de Estados Unidos (p. 36). Pero todos estos indicadores no implican necesariamente un declive cualitativo. Pues puede ocurrir que la importancia relativa de América Latina esté disminuyendo no sólo en la economía global sino respecto a los intereses imperiales de Estados Unidos en otras partes del mundo. Además, una dependencia *estructural* puede manifestarse con índices y coeficientes (de comercio, de financiamiento, de suministro de armas) bajos sin lesionar el carácter estratégico de la dependencia. Lowenthal debe saberlo.

El autor dice con alguna ligereza (p. 48) que la situación regional es, en los ochenta, más próspera que hace 20 años.* Ni el ingreso por habitante (deteriorado persistentemente) ni la legitimidad de los gobiernos (empeñada o rota) confieren pruebas a este juicio. Tampoco las articulaciones tecnoindustriales han mejorado. Acaso el avance se haya producido en otros ámbitos como en la búsqueda creciente de nuevas opciones de desarrollo, viraje cognitivo que puede traer consecuencias reales. Precisamente el desastre actual de las condiciones de vida de la región la convierten en un embotellamiento *geopolítico* para Estados Unidos. La emigración (p. 59), los narcóticos (p. 86), la deuda externa, la militarización de Centroamérica: éstos son problemas, a mi juicio, que amenazan la seguridad nacional estadounidense. Si este país *debe* ayudar a América Latina a través del comercio, la tecnología o las finanzas, la razón no estriba en la benevolencia cristiana ni en el deseo colectivo de propagar

* Un informe más fidedigno nos ofrece el SELA, *América Latina en la economía mundial: problemas y perspectivas*, Siglo XXI, México, 1987.

la democracia en el mundo. Pues si no hay desarrollo regional, Estados Unidos no puede sentirse seguro en la acepción más elemental de la palabra, a menos que cierre herméticamente sus fronteras y abandone a América Latina a su buena o mala fortuna. Pero este procedimiento lastimaría el propio *ethos* democrático norteamericano. He aquí un dilema que Lowenthal sólo insinúa, y que constituye una fuerte carta de negociación bilateral de los latinoamericanos.

Estas tensiones se reflejan, como en un microcosmos, en los nexos ambivalentes Estados Unidos-México (p. 96). Es cierto que los vínculos entre ambos países se ven influidos por la demografía, el desempleo, la compra-venta de petróleo, y la suerte de América Central; pero al final de cuentas la índole de esos vínculos será determinada por cálculos de seguridad nacional. De aquí que la retórica del diálogo no toca cuestiones verdaderas.

La geopolítica gravita con mayor nitidez en el maridaje conflictivo Estados Unidos-Brasil, al cual Lowenthal dedica justificadamente todo un capítulo. Y no sólo porque Brasil produzca hoy un 26% de acero más que Inglaterra, o porque es un exportador importante de armas (p. 105) presente en todo conflicto mundial, o porque compite con Estados Unidos en electrónica e informática. La razón es también cualitativa: Brasil tiene plena conciencia de sus intereses nacionales y ha desarrollado una estrategia de seguridad nacional que desarma y confunde a los norteamericanos. Lowenthal percibe que el juego Estados Unidos-Brasil obedece a otras reglas (p. 127), pero rehúsa aceptar que "la relación especial" con Brasil nace de imperativos geopolíticos.

En el tramo final, Lowenthal consagra espacio a las relaciones con la Cuenca del Caribe (capítulo 6). Obviamente, como su público principal está en Washington, examina regiones cercanas al territorio norteamericano. Si su óptica fuera otra, Colombia, Venezuela o Perú habrían merecido más atención.

En fin, este libro debe enseñar, ilustrar y aleccionar a los círculos norteamericanos que, sin conocimiento alguno o con juicios estereotipados, toman decisiones que afectan a América Latina. Es la palabra de un liberal —en el noble sentido— que quisiera rectificar y enmendar las políticas extraviadas de su país. Pero su intención quedará en el vacío si América Latina continúa pensando sobre las relaciones hemisféricas con los mismos criterios trastornados que Lowenthal censura en Estados Unidos. Entonces no habría un diálogo con *confianza* y con madurez; serán dos monólogos de culturas políticas envejecidas.

JOSEPH HODARA